

RETRATO DE SOLDADOS RIVALES CON LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN AL FONDO: ALONSO DE ERCILLA, JUAN DE PINEDA Y DIEGO DE ARANA. (CHILE-PERÚ, 1557-1558)

FRANCISCO JAVIER CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA
Estudios Superiores del Escorial (Madrid)

INTRODUCCIÓN

La milicia en el Nuevo Mundo no puede ser entendida y evaluada correctamente sin integrarla en el concepto de vocación, manifestada como servicio al rey y a la Corona. Esa entrega se nutre de unos ideales o afectos y se plasma en unas obras que configuran un talante, de tal forma, que la fidelidad a los compromisos adquiridos, la lealtad a la palabra dada y el honor de ser español, católico y soldado, se antepone a cualquier otro valor, incluso a costa de un enorme sacrificio personal y con un frecuente riesgo vital.

La pasión por la aventura, connatural a todo joven, y el orgullo nacional, propio del español del imperio, arranca de las familias, los pueblos y los oficios, a muchos hispanos que ven en América el destino de su existencia.

Muy lejos hay que poner el objetivo de la búsqueda de medro personal y fortuna material; la hubo, la buscaron, pero éstos no eran ni jóvenes, ni soldados, ni españoles, aunque cumpliesen física y legalmente con esos requisitos.

Al extremeño, castellano, vasco, montañés o andaluz, lo que de verdad le mueve para hacer las américas, en el quinientos y seiscientos, no es el oro o el ennoblecimiento de sangre que algunos lograrán, sino esos otros factores no materiales que integran la persona y que en sentido genérico, podríamos calificar como bienes del espíritu; valores reales que han movido a conquistadores y misioneros, legisladores, artistas y funcionarios. Ellos hicieron posible el trasvase religioso, cultural y científico; así nació el mestizaje, fruto incuestionable de la interrelación dual que engrandece el sistema colonizador español frente a otros modelos. Sin embargo, hemos tenido que sufrir las críticas de una historiografía tendenciosa que, mirando en nuestras fuentes, sólo han

sabido ver aquello que les servía para oscurecer el panorama suficientemente diáfano de nuestra presencia en América, y aunque somos conscientes de que hubo abusos, desamor y atropellos concretos, que todos lamentamos, no se puede ensombrecer el saldo positivo de la colonización española.

LA ACCIÓN Y LOS PERSONAJES: ENCUENTRO DE SOLDADOS

Nos situamos en el virreinato del Perú durante la conquista de Chile, años 1555-1559. Demasiado reciente queda la experiencia de las guerras civiles; todavía sin terminar la tragedia de Lope de Aguirre; tampoco ha finalizado el dominio armado del territorio, y falta tiempo para consolidar los pasos dados y que el encuentro de los dos mundos aproxime a sus respectivos pueblos, haciendo posible la aparición de una nueva cultura -grande, fuerte, fecunda, como todo lo americano- que, injertándose en el tronco del imperio español, reciba toda la sabiduría occidental.

En aquella parte de América el destino hizo coincidir a unos hombres unidos inicialmente por el servicio al rey:

D. Alonso de Ercilla y Zúñiga se crió, educó y formó con medios y capacidad, en el alcázar madrileño, pues era hijo de D. Fortunio García de Ercilla, del Consejo de Cámara del emperador, y de D^a Leonor de Zúñiga, guardadamas de la emperatriz. Como paje del príncipe D. Felipe le acompañó por varios países, formando parte del séquito oficial en su viaje a Inglaterra cuando el matrimonio del heredero español con M^a Tudor; llegada allí la noticia de la rebelión de los araucanos, desde Londres partió para el Perú (1555) con el gobernador de Chile, adelantado Alderete, que, habiendo muerto en el viaje, hizo que el virrey Mendoza nombrase a su hijo D. García como sucesor, y que Ercilla le acompañase junto con otros jóvenes caballeros en la campaña de Chile.

El sevillano *D. Juan de Pineda Mendoza*, pasó su adolescencia consentido por unos padres débiles, por la buena posición familiar -escribanía de Cabildo- por su natural apasionado y viviendo alegremente en la gran metrópoli americana de Europa; a su temperamento inquieto se unió la altivez de clase y la osadía de la edad, haciendo de su juventud una explosiva existencia. Buscando aventuras más que dinero o fama, pasó al Nuevo Mundo en plena guerra civil (1542?), combatiendo en el partido del monarca a las órdenes del gobernador Vaca de Castro, contra Gonzalo Pizarro. Cuando otros menos nobles se aplicaron al reparto de rentas, que era una forma de sosegar ánimos alterados y ganar voluntades tornadizas, su lealtad le llevó donde su honor había puesto la mirada: la conquista de Chile; allí encontró en Pineda un capitán cual pedía aquella

jornada, según lo reconocieron los gobernadores Valdivia y Villagrán, y así lo testifican en sus obras Ercilla y Oña.

D. Diego de Arana y López de Armendurva nació en la anteiglesia de Abando, en el Señorío de Vizcaya; hijo primogénito de D. Diego de Arana, señor de la casa de este nombre, en Albia, y de De María López de Armendurva. Su inclinación a la milicia y su destreza en el ejercicio de las armas le hizo buscar en América dónde poder realizar su vocación, con la dignidad de su origen y la capacidad de su formación. En 1556 pasó al Perú al servicio del virrey D. Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien le destinó a la guerra de Chile -donde llegó a tener una encomienda de indios en Concepción- bajo las órdenes de su hijo D. García, sucesor en aquel terriotrio tras la muerte de los gobernadores Valdivia y Alderete.

Por caminos diversos vemos cómo la entrega a unos mismos ideales hará que estos tres jóvenes españoles se encuentren y unan sus vidas temporalmente al servicio del rey en el ejercicio de las armas, y de ahí surja un futuro inesperado.

LA GUERRA DE CHILE VISTA POR DOS TESTIGOS

Sólo como esbozo, justificación y prueba, incluimos sendos testimonios de dos cantores de la epopeya araucana -Ercilla y Oña- con sus propias palabras:

La Araucana:

"... considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra... me he resuelto en imprimirla, ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo mas dello se hallaron... porque la tierra es tan remota y apartada, y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello; y así, el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual, porque fuese mas cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos; que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intención con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos... son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiración que, no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener el todo el pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo menos defensivas... con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles..."¹.

¹ Prólogo.

Arauco Domado:

"... solo deseo de hacer algún servicio a la tierra donde nací (tanto como esto puede el amor a la patria), celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que, sirviendo en ella a su rey, dieron a costa de sus vidas plumas y lenguas a la fama, y el principal entre estos, el marqués don García Hurtado de Mendoza, en el tiempo que gobernó aquellas provincias, que es todo el sugeto deste libro. Acordé dalle título de Arauco Domado, porque aunque sea verdad que agora, por culpas nuestras no lo esté, lo estuvo en su gobierno, pues trajo pacífico a todo el Estado y demás tierra generalmente en tres años que la tuvo a su cargo, habiendo dado a los indios siete campales batallas, de que siempre salió victorioso, cosa de gran ponderación y estima en un mancebo de veinte y un años, que estos tenía cuando comenzó a gobernar. Fue pues mi intento que hasta el nombre significase lo que solo su valor y no otro, antes ni después del, ha podido acabar².

En esas veinte leguas de término se dieron siete grandes batallas en las que los araucanos lucharon a muerte, sin tregua, sin medios, sin posibilidades, pero lo hicieron con el valor, con el furor y con el honor de un pueblo que no quería perder su libertad; su sacrificio sirvió, quizás, como cimiento remoto del nacionalismo chileno.

Los capitanes Pineda y Arana destacaron notablemente en las batallas de Millarapué -cerca de Arauco- contra los indios Millanturo, Gabalrino y Oronpello; junto al río Biobío, contra Andalicán, y en la batalla de Penco, contra Tucapel³.

REYERTA SOLDADSCA Y CASTIGO EJEMPLARIZANTE

La muerte indigna del valiente Caupolicán reduce la resistencia de los indios y el fin de la guerra es inminente. Comprende D. García el agotamiento del ejército tras la última campaña y decide aprovechar la llegada del invierno austral para descansar y hacer el reparto de encomiendas, merecidas en la jornada del arauco, eligiendo la Imperial para montar el cuartel, a la que llegan a mediados de abril de 1558.

Nuestros protagonistas ocupan el tiempo, con el resto de oficiales, en juegos y aventuras que refuerzan la amistad, desencadenando algunas pendencias propias de esos hombres y de esa situación. Para Alonso de Ercilla será un descanso activo, puesto que allí se encuentra con testigos y protagonistas de los primeros momentos de la conquista con cuya información, más su vivencia, puede continuar la redacción de su obra, que experimenta un notable avance, aprovechando también para escribir a Felipe II una amplia carta-crónica en la que le felicita por su elevación al trono y le describe cómo transcurre la campaña de Chile.

² Prólogo.

³ *La Araucana*, canto XXV; *Arauco domado*, cantos VI y XI.

En este ambiente tranquilo, un hecho incidental desencadenará un serio conflicto que marcará la vida de nuestros protagonistas, encauzando su existencia por derroteros nuevos e insospechados.

Aunque las fuentes y los biógrafos no se ponen de acuerdo, el hecho es que en aquellos días "se concertó una justa y desafío / donde mostrase cada cual su brío"⁴, consistente en juegos de cañas, correr sortija y estafermo y máscaras; conocemos los nombres de algunos de los participantes, entre otros, D. Luis de Toledo, D. Felipe de Mendoza, primo y hermano respectivamente del gobernador D. García; D. Cristóbal de la Cueva, de la casa de Alburquerque; D. Pedro Fernández de Córdoba, de la del Gran Capitán; D. Alonso Pacheco, de la de Villena... y nuestros protagonistas D. Alonso de Ercilla, D. Juan de Pineda y D. Diego de Arana. Se sumó muy gustosamente a la celebración el propio gobernador D. García Hurtado de Mendoza.

Mientras que para unos el motivo de la celebración era la proclamación de Felipe II como rey, tras la abdicación de su padre el emperador⁵, otros ponen la justificación de las fiestas en el éxito de la campaña contra los araucanos, incluyéndose actos religiosos⁶. El resto de autores se suman a una u otra opinión, según sea la fuente consultada.

Entre los preparativos de la fiesta, Ercilla adquirió a últimos de junio un buen caballo a Pedro de Soto por el que pagó 300 pesos de oro; pocos días después comenzaron los festejos, en los que surgirá el enfrentamiento entre Pineda y Ercilla.

Suárez de Figueroa dice que el choque se produjo cuando evaluando los resultados obtenidos en el estafermo, hubo diferencias entre ambos capitanes, llegando a poner la mano en las espadas⁷. Góngora Marmolejo asegura que fue cuando el gobernador salió disfrazado de máscara a correr la sortija, por la puerta falsa de su posada, acompañado de Ercilla y de Dolmos, y Pineda intentó ponerse en medio de ellos, llegando a cruzar las espadas; entonces es cuando tuvo que intervenir D. García, in-

4 *La Araucana*, canto XXXVI.

5 SUÁREZ DE FIGUEROA, *Hechos*, o.c., p. 103; MARIÑO DE LOBERA, *Crónica*, o.c., p. 395; CALANCHA, *Crónica*, o.c., p. 1078. Puntualiza este autor que junto con la noticia de la subida al trono de Felipe II y la llegada de las cédulas y provisiones, se organizó un acto de jura, aceptando al nuevo monarca; también en este caso se explica el acto religioso en acción de gracias. Salvo que se indique lo contrario, siempre citamos por la edición de Ignacio Prado. Se duda con razón que fuese una fiesta oficial ya que el gobernador salió disfrazado de máscara por la puerta falsa de la posada donde se alojaba. MEDINA, *Vida*, o. c., pp. 77 y 353, nota 196. Cfr. nota 8.

6 GÓNGORA MARMOLEJO, *Historia*, o.c., p. 136; TORRES, B. de, *Crónica*, o.c., p. 886.

7 *Hechos*, o.c., pp. 103-104.

tentando separarlos con la maza que llevaba⁸. Muy similar es la tesis defendida por Mariño de Loberea⁹.

Todos ellos confirman que se refugiaron con los caballos en la iglesia próxima de Ntra. Sra. con los partidarios de ambos, continuando allí de forma violenta el enfrentamiento, sin respetar el lugar sagrado donde estaban. De forma tajante el gobernador mandó al coronel D. Luis de Toledo y a su guardia hacerlos presos y en aquel mismo lugar los condenó sumarísimamente a la ejecución a la mañana siguiente¹⁰

El cronista agustino P. Calancha narra los hechos como sucedidos en dos escenas y días diferentes, pero con el mismo resultado. En el primero ya hemos visto el motivo que desencadenó el enfrentamiento -"sosegose la pendencia aunque no quedaron amigos los coraçones"-; el segundo tendría lugar dentro del recinto eclesial, cuando los dos capitanes disputasen ahora por la preminencia del asiento que les correspondía para la ceremonia religiosa, y nuevamente, queriendo apoyar sus razones con las espadas, se organizó el alboroto ante el gobernador, los celebrantes y el Stmo. Sacramento. Hechos prisioneros, el gobernador y su Consejo los condenó a la máxima pena¹¹.

El epílogo de este drama tiene lugar unas horas después. Mientras, la angustia, la preocupación, la duda y el miedo, se extiende por la Imperial y sus moradores. Angustia en los condenados a muerte, que durante esa tarde y esa noche estuvieron escuchando cómo se hacían los preparativos de la ejecución, recibiendo en sus celdas los últimos sacramentos. Preocupación en el ejército que aún comprendiendo la gravedad de los hechos, ellos justificaban como una reyerta entre soldados y veían que, puestos en una balanza esta acción con los méritos adquiridos en la reciente campaña militar, se inclinaba decididamente a este lado. Duda por parte del gobernador, quien estimaba los méritos contraídos por ambos capitanes en la guerra, pero también pesaba en su ánimo dejar firme su autoridad, incluso sobrecargando el castigo, para que psicológicamente tuviese efectos preventivos disuasorios en futuros alborotos; miedo también en D. García, al que llegaron noticias de la simpatía del pueblo de la Imperial hacia los condenados y del malestar del ejército

8 *Historia*, o.c., pp. 103-104. Cfr. nota 5.

9 *Crónica*, o.c., pp. 395-396.

10 GÓNGORA MARMOLEJO, *Historia*, o.c., p. 137. Según Mariño de Lobera, el gobernador dejó el castigo en manos del coronel, para quien, por la gravedad del asunto y la dignidad de los protagonistas, el castigo adecuado debía ser cortarles la cabeza; se sospechaba que, siendo tan amigos Ercilla y Pineda, era imposible esa pendencia, salvo que estuviera fingida y lo que de verdad estuvieran tramando fuese un atentado contra el gobernador, cfr. *Crónica*, o.c., p. 396.

11 *Crónica*, o.c., p. 1078.

que se había reunido para pedir clemencia, "siendo las palabras de ruego, y el sostonete dellas de amenaza"¹².

Estudiando los documentos del juicio de residencia, Medina ha descubierto cómo el gobernador mantenía buena relación con una joven que, presionada por los ruegos de personas influyentes, accedió a llegar hasta D. García para pedir merced; encontrando la puerta cerrada, hubo de escalar por una ventana en compañía de una muchacha indígena que la acompañaba. Camino del cadalso, cuando amanecía, D. Pedro de Toledo, miembro de la guardia personal del gobernador, llegó con la orden de suspender la ejecución. ¿A costa de qué precio se había conseguido el perdón?¹³.

La pena de muerte fue conmutada por la de destierro. D. Juan de Pineda se embarcará hacia el Perú decidido ya su ánimo a ingresar en la vida religiosa; D. Alonso de Ercilla también se trasladará al Perú, pero comprobando el frío recibimiento que le hace el virrey, recurre a su señor Felipe II a quien envía un amplio memorial en el que le refiere los servicios prestados y, sin esperar la respuesta, lenta como todo en la administración burocratizada, angustiado por la necesidad de medios y por la situación de interinidad en la que se encuentra, agravado por el carácter sanguíneo, renuncia a lo poco que le habían ofrecido -miembro del cuerpo de gentileshombres de lanzas- y solicita permiso para regresar a España, a donde llega en 1563, comenzando otro período de su vida¹⁴.

CRÓNICA DE LOS HECHOS EN LA ARAUCANA

Ercilla recoge el suceso con la sobriedad del soldado y con la precisión del testigo; no abusa de ser quien escribe y no aprovecha para vengarse. Es cierto que *La Araucana* resulta un poema épico sin héroe personal, ya que el protagonista es el ejército español; intereses de variado tipo hicieron que otras personas -historiadores y poetas- tomaran la pluma para destacar los méritos del gobernador D. García Hurtado de Mendoza, rebajados en *La Araucana*, casi humillando a D. Alonso¹⁵.

¹² *Ibid.*, p. 1080.

¹³ "Allí permanecieron toda la noche jugando con don García...". MEDINA, *Vida*, o.c., p. 79 y 358, nota 214; en la nota 211 se incluye el censo de muchachas españolas residentes en la Imperial, investigación facilitada al autor por D. Tomás Thayer, pp. 356-357.

¹⁴ "Cuando ya desapareció para siempre el Alonso de Ercilla soldado, sucedió la desgracia de perderse también para siempre el Alonso de Ercilla poeta, pues se juntaron los Alonsos historiador y orador, con fatales consecuencias estéticas". UNDURRAGA, *Prólogo*, o.c., p. 13.

¹⁵ Así surgen las obras de Cristóbal Suárez de Figueroa, de Pedro de Oña, de Osorio, de Mira de Amescua y sus compañeros, y de Lope de Vega. Cfr. MUIÑOS, *Un rival*, o.c., p. 461.

El trato que Ercilla da a su oponente Pineda es intachable y leal; fue un duro enfrentamiento de soldados que no degeneró en odio, ni despertó resentimiento, aunque aquello hiciese cambiar la vida de ambos, teniendo en cuenta que, según las fuentes más próximas a los hechos, D. Juan de Pineda fue el provocador y D. Alonso de Ercilla el que responde desenvainando la espada¹⁶.

"A la Imperial llegamos, do hospedados
fuimos de los vecinos generosos,
y de varios manjares regalados
hartamos los estómagos golosos.

Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
tantos gallardos jóvenes briosos,
se concertó una justa y desafío
donde mostrase cada cual su brío.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta,
que estuve en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado,
la voz y fama pública lo canta,
que fue solo poner mano a la espada,
nunca sin gran razón desenvainada'¹⁷.

...

"Ni digo como al fin por accidente
del mozo capitán acelerado
fui sacado a la plaza injustamente
a ser públicamente degollado:
ni la larga prisión impertinente
do estuve tan sin culpa molestado,
ni mil otras miserias de otra suerte,
de comportar mas graves que la muerte"¹⁸

...

"Este acontecimiento, este suceso
fue forzosa ocasión de mi destierro,

16 "... se adelantó en palabras don Juan de Pineda...'", asegura el cronista Calancha, *Crónica*, o.c., p. 1078. De "hombre díscolo y altanero" lo califica Medina, *Vida*, p. 78. Para Muñios, era "turbulento Capitán", *Un rival*, o.c., p. 459. Como "pedante y atronado capitán" lo define L. A. Sánchez, *Escritores*, o.c., p. 11. Altivo lo encuentra Mendiburu, *Diccionario*, p. 14. Vemos que estos calificativos coinciden sustancialmente; ¿parten del relato que de la infancia y adolescencia del capitán sevillano hace el P. Calancha?, *Crónica*, o.c., p. 1071.

17 *La Araucana*, canto XXXVI. Se duele Ercilla de que una reyerta de soldados se eleve a categoría de "enorme delito". Es conveniente recordar que era tradición que en las hojas de las espadas toledanas fuera grabada esta leyenda: "no me saques sin causa; no me envaines sin honor".

18 *La Araucana*, canto XXXVII. El resentimiento hacia el gobernador es evidente, consecuencia de haber considerado la contienda hecho muy grave, y la pena a la que fue condenado.

teniéndome después gran tiempo preso,
 por remendar con este el primer yerro:
 mas aunque así agraviado, no por eso (
 armado de paciencia y duro hieirro)
 falté en alguna acción y correría
 sirviendo en la frontera noche y día" ¹⁹

"... aceleré mi súbita partida;
 que el agravio, mas fresco cada día,
 me estimulaba siempre y me roía.
 Y en un grueso barcón, bajel de trato,
 que velas altas de partida estaba,
 salí de aquella tierra y reino ingrato,
 que tanto afán y sangre me costaba" ²⁰

Aunque Ercilla singulariza en su persona la experiencia de la condena, cárcel y destierro, el P. Calancha apunta en su crónica que ambos protagonistas corrieron la misma suerte en la Imperial hasta que se embarcaron para Perú, aunque no parece verosímil que el viaje lo hicieran juntos²¹. A Don Juan de Pineda lo acompaña su amigo D. Diego de Arana para quien ese trayecto supondrá encontrarse con el destino de su vida, pues en el barco escucha la llamada a la vida religiosa y en el océano responde afirmativamente.

VOCACIÓN RELIGIOSA DE J. DE PINEDA Y D. DE ARANA

La orden de San Agustín será el puerto definitivo donde se refugien los navíos existenciales de los dos valerosos capitanes; no llega el sosiego a sus vidas, no buscan protección en la institución, ni seguridad en el claustro. Algo han visto, algo han sentido, que les transforma por

19 *La Araucana*, canto XXXVII. La prisión fue de tres meses, en condiciones duras y aumentando su humillación, cfr. MEDINA, *Vida*, o.c., p. 79 y 358-359, notas 215 y 216.

20 *La Araucana*, canto XXXVI.

21 "Trocó la sentencia de muerte en destierro del Reyno, i sacoles de la cárcel para un navío". *Crónica*, o.c., p. 1080. Torres no dice nada al respecto y creemos que hubiera resaltado el dato de haber viajado los tres soldados juntos; cuando narra la llegada al Puerto del Callao afirma que los viajeros conocen la triste nueva del reciente fallecimiento del virrey, *Crónica*, o.c., p. 68. Sin embargo D. Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, fue virrey entre 1556-1560 -falleció el 14 de septiembre-, fecha ésta última en que Pineda y Arana eran ya religiosos. Medina calcula que Ercilla llegó al Callao posiblemente a últimos de febrero de 1559, señalando el frío recibimiento y trato que le dispensa el virrey, motivo por el cual escribe a Felipe II pidiéndole ayuda -carta fechada en Lima, el 31 de octubre-, *Vida*, o.c., p. 83. Por otra parte, el mismo Ercilla confiesa que no partió al Perú hasta después de la batalla del fuerte de Quipeo -"Mas, despues del asalto y gran batalla / de la albarrada de Quipeo, temida / ... aceleré mi súbita partida", canto XXXVI-; la batalla tuvo lugar en diciembre de 1558 y Medina asegura lógicamente que "no le tocó a él (Ercilla) hallarse", *Vida*, o.c., pp. 80 y 361, nota 220. Estos desajustes cronológicos quizás deban ser retocados con nuevas investigaciones sobre los documentos. Cfr. nota 25

dentro el corazón: cambian la milicia del rey por el servicio al Evangelio de Cristo. Donde antes hubo lucha para conquistar cuerpos, ahora habrá sacrificio para adquirir almas; la fuerza, la valentía y la destreza en el manejo de las armas se ha trocado por el ejemplo de una vida entregada, la oración y la caridad, con el crucifijo y las herramientas del trabajo material.

En la negra noche de la Imperial, cuando faltaban pocas horas para la ejecución, D. Juan de Pineda pasó revista a su existencia, comprobando que su vida estaba vacía de obras y llena de superficialidad, que había desatendido consejos y malgastado tiempo y posibilidades. El arrepentimiento sincero fue la respuesta a ese balance con el deseo de cambiar.

'Subió don Juan con los gemidos al cielo, valiose de la Virgen, y puso por abogados al protector de encarcelado san Agustín, prometiendo ser frayle de su ábito si le negociava la vida. En repetir esta demanda pasó toda la noche'²².

Embarcado camino del Perú abre su corazón a su amigo D. Diego de Arana con tal convicción de ánimo, con tal fuego en la palabra, con tan firme resolución, que despertó en el capitán vasco la inquietud, tuvo tiempo para reflexionar, y la misma luz que alumbró la inteligencia y el corazón de Pineda, ahora iluminaba la del señor de la casa de Arana, que también decide seguir los pasos de su compañero²³.

'Admirado y confuso quedó Don Diego del discurso, y resolución de Don Juan, y a la luz de tan sólidas verdades enmudeció su elocuencia, y aprobando su elección, se despidió brevemente y se retiró a su camarote, donde volvió a considerar atentamente las razones de Don Juan, que esforçadas con la gracia del Señor, le hizieron fuerte batería, para que imitase a su amigo... De una parte el impulso celestial le arrebatava tras sy, de otra la dificultad de la empresa le bolvia a su perplexidad, y combatiendo reciamente de encontrados afectos, sentía en su coragón, como en campo de batalla, aquella cruel y antigua lucha... Duró esta batalla algunos días, sin que de ninguna parte se reconociese ventaja... Continuava las pláticas con Don Juan, dávale cuenta del estado de su alma, y con sus christianos consejos iba cobrando fuergas la razón, y haziéndose más robusto el espíritu'²⁴.

Llegando al Callao deciden guardar en secreto la resolución tomada y activar los compromisos que tengan para no dejar enfriar el ardor de la decisión. En Lima simultanean la vida social de heroicos capitanes de la guerra de Chile con las conversaciones con el P. Andrés de Sta. María, prior del convento de San Agustín, quien desea discernir lo que de

2 2 CALANCHA, *Crónica*, o.c., p. 1080; TORRES, *Crónica*, o.c., pp. 886-887

2 3 *Ibid.*, pp. 1081-1082 y 1634; 64 y 68, respectivamente.

2 4 TORRES, *Crónica*, o.c., pp. 67-68.

ilusión/temor y sinceridad/madurez, hay en el corazón de estos soldados²⁵.

Ratificados en su compromiso y comprobada la limpieza de voluntad y la sinceridad de sus sentimientos, ante la enorme sorpresa de los amigos y la lluvia de comentarios en destacados ambientes limeños, ingresan en el convento de San Agustín, donde tomarán el hábito religioso, el 27-11-1559 (Pineda), y el 29-11-1559 (Arana)²⁶; trascurrido el período de prueba del noviciado, profesan el día 7-IV-1560²⁷.

A la conversión de mente y corazón²⁸ le debía corresponder un cambio de vida (actitudes), basada en una formación intelectual (conocimientos). La primera, la ponía el estado religioso por medio de la disciplina conventual y la observancia de la regla monástica; la segunda, en cambio, era un esfuerzo personal íntegro el que se pedía al sujeto; más fuerte, cuanto mayor era la edad y más alejado se estaba de la etapa de formación, o más bajo había sido el nivel de conocimientos adquiridos en la adolescencia.

De Fray Juan de Pineda dice el cronista que conocía bien la lengua general del Perú y reconoce el esfuerzo que debió costarle los estudios eclesiásticos, realizados en Lima, porque "ascendió al santo sacerdocio, si no benemérito, suficiente"²⁹. Similar es la trayectoria de Fray Diego de Arana, quien hizo el estudio de Gramática, también en Lima, "que es harto penosa mortificación para los de edad crecida como Fr. Diego"³⁰ trasladándose después al recién fundado convento del Cuzco para cursar allí Artes y Teología (1563).

Ordenados sacerdotes, la obediencia les enviará por caminos diferentes, pero en tierras de frontera religiosa, donde el servicio al Evangelio supone un mayor sacrificio, y el apóstol necesita añadir un suplemento de generosidad.

Fieles a su vocación sincera, Fr. Juan de Pineda gastó su vida en las misiones y doctrinas de Yagón (1566), de Conchucos (1571 y 1582-84), en Tauca, Psicobamba, y Cotabambas (1579 y 1591); desempeñó

25 CALANCHA, *Crónica*, o.c., pp. 1082; TORRES, *Crónica*, o.c., p. 69. Habiendo tomado el hábito a últimos de marzo de 1559, después de haber mantenido unas conversaciones secretas con el prior de San Agustín, hace que no sea posible poner su llegada a Perú a últimos de febrero, cuando Ercilla, sino que probablemente haya que adelantar el viaje de estos dos al de D. Alonso, cfr. nota 21.

26 CALANCHA, *Crónica*, o.c., pp. 1082-1083. En otro lugar dirá que la toma de hábito de Arana fue el día 31 de marzo, p. 1634.

27 MAILIOTTI, E., *Las profesiones*, o.c., p. 206. CALANCHA, *Crónica*, o.c., p. 1634; TORRES, *Crónica*, o.c., p. 70. También aquí Calancha una de las veces dirá que fue el día 6, *Crónica*, o.c., p. 1083.

28 CALANCHA, *Crónica*, o.c., p. 1635; TORRES, *Crónica*, o.c., p. 71.

29 CALANCHA, *Crónica*, o.c., p. 1084.

30 TORRES, *Crónica*, o.c., p. 72.

los cargos de definidor provincial (1576), presidente del Capítulo provincial de 1579, vicario y prior del convento de Cotabambas (1579 y 1591), donde era cura de la doctrina su amigo Fr. D. de Arana, y prior de Conchucos (1582-84). A mediados de los años noventa se retiró al convento de la Nasca, donde murió en 1606³¹.

"Trabajó mucho en los Conchucos el Padre fray Juan de Pineda, i no es ponderable la dureza con que resistieron en la Fe aquellos Indios; ganó muchos para Dios, i catequizólos todos para la Iglesia, buscándolos a pie por los montes los atraian, i a los que allava enfermos curava... Mucho obró con sus palabras, pero más negoció con sus obras, que el buen egenplo trae de los cabellos al más distraído, i el mal egenplo de un Sacerdote, si a los Españoles anima, a los Indios destruye..."³²

Fr. Diego de Arana residió en los conventos de La Paz o Chuquiavo (1566) y fue miembro fundador y subprior de Arequipa, La Plata o Chuquisaca (1571, admitido como convento en 1575); también estuvo en las misiones y doctrinas de Guamucho (prior dos veces, en 1582 y 1584), Capinota (prior), Omasayos y Cotabambas (1591), coincidiendo con su amigo Fr. Juan de Pineda, que fue de prior al convento. En esta última doctrina tuvo que luchar con un mago-hechicero de la provincia de Yanaguas que soliviantó a las misiones. En 1596 falleció ejemplarmente³³.

"¿Quién podrá recoger en el corto espacio desta historia el innumerable cúmulo de sus heroicas acciones? ¿Su obediencia en tan largos y penosos caminos, su incansable tesón en la predicación y enseñanza de los Indios, su paciencia en sufrir sus ignorancias y rudezas, su paciencia en enseñarlos a vivir como hombres, y como christianos, su caridad, y misericordia con los pobres y enfermos, su mansedumbre con los humildes y flacos, su severidad con los sobervios y duros, su desinterés con todos?"³⁴.

VOCACIÓN Y RELATO LITERARIO

En otra ocasión hemos escrito que las crónicas conventuales de la América española del seiscientos, aun siendo historia viva, cuyo contenido se basa en la realidad y está confirmado por infinidad de testimonios, tienen un esquema que encaja dentro de un modelo repetido con bastante frecuencia y fidelidad, "modelos que valen tanto para utilizarlos desde el punto de vista exterior como para encerrar en ellos los mensajes moralizantes que buscan como fin"³⁵.

31 CALANCHA, *Crónica*, o.c., pp. 1084-1089; TORRES, *Crónica*, o.c., p. 887.

32 CALANCHA, *Crónica*, o.c., pp. 1085 y 1086.

33 CALANCHA, *Crónica*, o.c., pp. 1636-1637; TORRES, *Crónica*, o.c., p. 917.

34 TORRES, *Crónica*, o.c., p. 73.

35 CAMPOS, F.J., *Espíritu barroco*, o.c., p. 139, cfr. pp. 138-144.

Junto a la descripción estructural del relato de la vocación de Pineda, ya analizada en otro lugar³⁶, tenemos la descripción del ingreso en el convento de nuestros protagonistas, que es todo un ejemplo de modelo narrativo barroco:

'... El (D. Diego) y Don Juan se vistieron de gala, y acompañados de todos sus criados, y pajes salieron de su casa a cavallo, muy airosos, y alegres, como que iban triunfando del mundo, y sus glorias vanas. Llegaron a la portería de nuestro Convento, y apeándose de los cavallos, dieron allí libertad a sus esclavos, y repartieron los cavallos y jaeces entre sus criados Españoles, y las joyas y dinero que traían consigo entre los más necesitados de sus criados, y otros pobres, y despidiéndose de todos con agasajo gustoso, y semblante risueño, les bolvieron las espaldas, dexándolos tristes y llorosos de ayer perdido la compañía, y servicio de tan amables Cavalleros, y admirados de ver aquella transformación prodigiosa, efecto de la diestra omnipotente del Altísimo"³⁷.

En la misma línea hay que poner la reflexión que del origen de su vocación hace Juan de Pineda a Diego de Arana; relato intelectualizado, y descripción literaria sobre una experiencia personal:

Preguntávame a mí mismo ¿qué se han hecho tantos Capitanes valientes? ¿tantos Reyes poderosos del mundo, las felicidades de Cyro, las conquistas de Alexandro, las riquezas de Darío, la magestad de los Césares, los regalos y delicias de todos? Tragóselos la muerte, sin que dexasse delios sino la memoria de que fueron, y el desengaño de que no son, y de que están celebrados donde no viven, y ardiendo donde moran. ¿Qué hubiera sido de mí, si en aquella ocasión se hubiera executado la sentencia de mi muerte? ¿Cómo parecería yo en el tribunal de aquel severo juez de vivos, y muertos? ¿Qué razón le daría de mi vida?..."³⁸

Otra característica que conviene destacar, tanto en la declaración que Pineda hace a D. Diego, como en las consideraciones que éste se hacía en su camarote, es el recurso al desengaño -estocismo, heroísmo, muerte-, tema barroco en todas las manifestaciones artísticas³⁹.

Estos modelos narrativos, de estructura barroca, no suprimen valor a la información en ellos contenida, ni restan interés al deseo buscado por los autores, que es ejemplarizante, porque lo que pretenden es difundir el mensaje, servido en un arquetipo fácil de entender y con

36 Esquema: 1) El protagonista se encuentra ante una situación límite; 2) Hace promesa de consagrarse a la vida religiosa si la supera; 3) Sale favorablemente del trance; 4) Ingresa en el monasterio. CAMPOS, F.J., *Crónicas Agustonianas*, o.c., pp. 255-257. Otros casos de vocaciones similares, cfr. CALANCHA, *Crónica*, ed. de M. Merino, t. I, pp. 23, 52 y 65; t. II, p. 692.

37 TORRES, *Crónica*, o.c., p. 69; CALANCHA, *Crónica*, o.c., p. 1634.

38 La similitud con el modelo manriqueño de las coplas está fuera de duda. TORRES, *Crónica*, o.c., p. 66.

39 Texto completo del discurso, en TORRES, *Crónica*, o. c., pp. 65-67. El mismo cronista dirá que la noticia de la muerte del virrey, cuando llegan al Callao, les produce un "nuevo desengaño de la inconstancia de la vida presente, y del polvo en que se convierte toda la grandeza humana...". *Ibid.*, p. 68.

fuerza para impresionar; los sucesivos casos que se narren con este formato serán un refuerzo para que el modelo arraigue en la mente, y el contenido mueva el corazón⁴⁰.

CONCLUSIÓN

Hemos visto la historia de tres capitanes españoles, jóvenes y de distinguidas familias, que coinciden en la guerra de Chile, cuando la jornada de los araucanos (1557-1558); cómo el descanso de los guerreros se convierte en ocasión de ejercicios festivos que desencadenarán un enfrentamiento entre dos de ellos y sus respectivos partidarios, siendo duramente reprimido por el gobernador; casi en el desenlace de la tragedia, el destierro decretado por D. García Hurtado de Mendoza marcará el comienzo de una existencia distinta: para D. Alonso de Ercilla termina la vida de soldado-poeta en el Nuevo Mundo y nace la de historiador-orador en la corte de Madrid. D. Juan de Pineda encuentra, al borde de la muerte, que es mejor servir al Señor de la vida, que no muere, extendiendo su reino por las provincias de virreinato del Perú; también D. Diego de Arana cambiará la espada por la cruz de misionero.

La orden de San Agustín se enorgullece de haber sabido acoger, alentar y transformar el destello vocacional, que un día surgió en su corazón, y de haber hecho de dos soldados del rey, dos apóstoles de Cristo.

BIBLIOGRAFÍA

Sólo señalamos obras con incidencia histórica, prescindiendo de los aspectos literarios y bibliófilos de las ediciones de las epopeyas.

ALBORG, J. L., *Historia de la literatura española*, Madrid 1986, t. I, pp. 951-955.

CALANCHA, A. de la, *Crónica moraliza*, Lima 1974-1981, 6 ts. Ed. de Ignacio Prado.

CALANCHA, A. de la, *Crónicas Agustínianas del Perú*, Madrid 1972, 2 ts. Ed. de M. Merino., C.S.I.C.

CAMPOS, F.J., "Lectura crítica de las Crónicas Agustínianas del Perú, siglos XVI-XVII", en *Agustinos en América y Filipinas*. Actas del Congreso Internacional, Valladolid-Madrid 1990, t. I, pp. 237-260. Con algunas modificaciones, también se publicó en *Gracia y desgracia de la evangelización de América*, Madrid 1992, pp. 321-354, con el título "Hechos de los apóstoles agustinos en el Perú. Los relatos de las 'Crónicas Agustínianas del Perú', ss. XVI-XVII", ed. del Instituto de Vida Religiosa.

CAMPOS, F.J., "Espíritu barroco y mentalidad: El primer siglo de presencia agustiniana en el virreinato del Perú", en *Revista Agustíniana* (Madrid), 75 (1991) 115-194.

ERCILLA, A. de, *La Araucana*, Madrid 1851, pp. 1-138, BAE, n° XVII.

40 CAMPOS, F.J., *Crónicas Agustínianas*, o.c., pp. 242-244.

- GÓNGORA MARMOLEJO, A., *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, Madrid 1960, pp. 75-224, ed. de F. Esteve Barba, BAE, n° CXXXI. Otra edición, en *Memorial Histórico Español* (Madrid), 4 (1852).
- MARIÑO DE LOBERA, P., *Crónica del reino de Chile*, Madrid, 1960, pp. 225-562, ed. de F. Esteve Barba, BAE., n° CXXXI.
- MAIOTTI, E., "Las profesiones religiosas del convento de San Agustín de Lima (1553-1573)", en *Archivo Agustiniiano* (Valladolid), 73 (1989) 203-208.
- MEDINA, J. T., *Vida de Alonso de Ercilla*, México-Buenos Aires, 1948.
- MENDIBURU, M. de, *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*, Lima; artículo "Arana", 1932, t. II, p. 97; "Ercilla", 1932, t. IV, pp. 409-411; "Pineda", 1934 T. ix, PP. 13-15.
- MUÑOS, C., "Un rival de D. Alonso de Ercilla", en *Revista Agustiniiana* (Valladolid), 5 (1883) 303- 307; 459-464.
- OÑA, P. de, *Arauco Domado*, Madrid 1854, pp. 351-456, BAE, n° XXIX.
- SÁNCHEZ, L. A., *La literatura peruana*. Derrotero para una historia espiritual del Perú, Buenos Aires 1950, t. II; Asunción del Paraguay 1951, t. III.
- SÁNCHEZ, L. A., *Escritores representativos de América*, Madrid 1971, t. 1-1.
- SUÁREZ DE FIGUEROA, C., *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete*, Madrid 1613.
- TORRES, B. de, *Crónica agustiniana*, Lima 1974, 3 ts. Ed. de Ignacio Prado.
- UNDURRAGA, A. de, "Prólogo" a *La Araucana*, 1ª ed. Buenos Aires 1947.
- URRUTIA, E. de, "Venerable Fray Diego de Arana", en *Euskalerrriaren Alde*. Revista de Cultura Vasca (San Sebastián), 14 (1924) 308-309. También fue publicada en el *Beti-Bat* (Bilbao), en la "Galería de vascongados ilustres", dirigida por E. J. de Labayru.